



LA OTRA CARA: "PICHILINGÜES"

POR HECTOR SAENZ Y QUESADA

EL pirata del Caribe, bajo cualquiera de sus tres advocaciones ("bucanero", "filibustero" o "hermano de la costa") es un tipo histórico y literario bien asentado, aunque no tenga más que una pierna y se apoye en su pata de palo. Su único ojo (el otro lo cubre una venda negra) brilla con resplandor de estrella de cine desde el fondo lejano del siglo XVII. Chicos y grandes admiran al intrépido espumador de la mar, ante cuyo esfuerzo se rinden invariablemente los galeones de Su Majestad Católica, mientras la hija del Virrey, abandonando a su prometido, el cobarde *Spanish grandee*, se arroja en brazos del "Corsario Negro", casualmente el insólito pirata que no es tuerto ni cojo, sino un apuesto y rubio mancebo del Devonshire.

Es difícil desbaratar una leyenda épica, sobre todo si cuenta con la ayuda de innumerables novelistas y de costosísimas películas y se sustenta subsidiariamente con sesudas historias anglomasonas. Y es también antipático desilusionar a infinidad de jóvenes protestantes educados en el odio o menosprecio del marinero *dago* (o sea Diego); esto es, el marinero español que otrora dió a los herejes los grandes sustos de que los nietos de los asustados toman venganza retrospectiva.

Por otra parte, nada más a propósito para la sublimación de la piratería que el siglo que fué de oro solamente en las letras, sino también en la materialidad de los cargamentos de las flotas de Indias. Los españoles de ambas orillas del Atlántico han olvidado por completo el esplendor del 1600. Los peninsulares, un poco por el *nessun maggior dolore* de aquellas pasadas grandezas, y otro poco por el ensimismamiento provinciano de la capital del oso y del

madroño, pues no son posibles sueños ultramarinos cuando se vive en una meseta a ochenta leguas de la ribera. Y los americanos, porque oficialmente se les enseña que en aquel entonces no existían, pues sólo comenzaron a vivir cuando dieron los tres gritos de libertad, igualdad y fraternidad; es decir, cuando comenzó el alegre bullicio revolucionario que en adelante consumiría toda su erudición histórica.

Pero otras naciones, como la Inglaterra, la Francia y la Holanda, que se lo habían pasado envidiando la fortuna del vecino, no olvidaron jamás su apetito insatisfecho. No es que conozcan los detalles de las Indias que encerraban al cerro opulento, pero les queda en la subconciencia el aguijón de la experimentada "convoitise"; el anhelo reprimido de enseñorearse de aquellas tierras inaccesibles donde los hidalgos gastaban armaduras y aun bacines de plata; donde las cholas y mulatillas vestían de seda y los artesanos ganaban triple salario que en la Europa, y no admitían que los trataran sino de "Vuesa Merced". Por las "piñas" potosinas; por los doblones de oro; por las perlas y esmeraldas, el tabaco y el cacao, alentaron en su día a los que robaban las migajas del gran festín indiano. Y a falta de conquistadores auténticos los suplieron con el "ersatz" de los piratas del Caribe.

De que estos salteadores fuesen la gran ilusión de la Europa ultrapirenaica y luterana, lo prueba el hecho de haber sido los piratas hasta entonces, y desde antes que Pompeyo anduviese a las vueltas con ellos, simplemente piratas, así proviniesen de Noruega o de Berbería; mientras que en los primeros cincuenta años del siglo XVII la inventiva gramatical (que siempre corrió parejas con la popularidad) les en-



Viñeta que ilustra la portada de una vieja edición de la obra del inmortal poeta español Lope de Vega, titulada "La Dragontea" (1598), sobre el corsario inglés Drake.



contró tres nombres sustitativos: "Bucaneros", "filibusteros" y "hermanos de la costa".

Y todavía otro más, que no se lo aplicaron ellos ni sus amigos: "pichilingües".

No sé de dónde viene, pero suena a americanismo y a peyorativo, pues desde el Anáhuac hasta Arauco varias lenguas indígenas traen vocablos con la raíz "pichi", siempre en el sentido de pequeño o de poca monta.

La leyenda, dorada por el saqueo, los quiere audaces e invencibles. Pero la escueta y humilde realidad histórica, contenida en partes, informes y memorias, nos dice que en cien años de empeñosa actividad no consiguieron rendir ni tomar un solo galeón español.

Preferían seguir la línea del menor esfuerzo (como buenos sindicalistas de la piratería, ocupándose de naves sueltas y sin escolta, y especialmente de los barquichuelos del cabotaje, que por lo común proporcionaban un discreto botín en esclavos, o en mercancías de la tierra, o en el rescate de patrón y pasajeros, y cuyo escaso tonelaje no impedía que la poética imaginación de ingleses de Bristol, de franceses de la Rochela y de los judíos de Amsterdam los convirtiese en enormes galeones de alto bordo.

Idéntico espejismo hacía que llamasen "pueblos" a las haciendas solitarias y "ciudades" a las aldeas ribereñas. Panamá, cuyo asalto le dió a Morgan divisas financieras y heráldicas, no contaba con más de quinientos vecinos "y demás chusma de servicio, negros y mulatos libres". Portobelo, imán de mercaderes y de corsarios, tenía "ciento cincuenta casas de españoles, negros libres y mulatos". Santa Marta, sesenta vecinos; Cumaná,

doscientos; toda la isla Margarita, doscientos cincuenta, y por el estilo las costas castigadas por los *raids*, desde la Guayana al Pánuco y de Puerto Rico a Cuba.

Durante un largo siglo ningún habitante blanco de esas pequeñas aunque ricas poblaciones disfrutó la fresca nocturna durmiendo a pierna suelta, pues en lo mejor del descanso podían despertar con el vocerío y los mosquetazos de los filibusteros, que se entretenían luego en tostar a fuego lento a los hacendados para que revelasen el escondrijo de los ahorros. Con la custodia (que la piedad alhajaba) de la capilla, y la esclavatura africana al alcance de la mano, los *Frères de la Côte* podían volverse a Le Petit Gouave con una ganancia satisfactoria.

Pero a menudo ni siquiera se atrevían a las algaradas nocturnas a manosalva. Nunca se estaba muy seguro de si esos pícaros españoles habían advertido las embarcaciones sospechosas (los famosos *flyboats*), y se apercebían al ataque espada en mano. Sobre todo temían a la caballería criolla y a las trincheras en los cuatro ángulos de la reglamentaria plaza mayor. Por lo mismo preferían el contrabando rendidor y pacífico. Más de un famoso filibustero, con la cintura cargada de pistolas y sables de abordaje, cuya espantable imagen y aventuras estremecerían, andando el tiempo, a sus cándidos compatriotas, no era en realidad otra cosa que un prosaico y familiar estraperlista de mercado negro.

Si se piensa que en cierto momento hubo treinta mil filibusteros secando su pólvora en Santo Domingo y en la Jamaica, respaldados por poderosas naciones industriales y marineras, se concluye que la conservación de las Indias fué un milagro..., o que los "pichilingües" eran para poco.

Morgan, Ducasse, "Lorencillo" y demás compinches parecen puros

amateurs sin agallas si se los compara con genuinos hombres de guerra como Cortés o Pizarro. ¿Qué no habrían hecho éstos con treinta mil soldados si le bastaron al uno cuatrocientos y al otro ciento setenta para sus extraordinarias conquistas?

No es que carecieran de organización. A este respecto, los "hermanos de la costa" pueden apuntarse un tanto; fundaron la primera democracia americana.

Hoy, que este sistema está a la moda, se incurre, me parece, en imperdonable injusticia olvidando a los que en pleno trópico y en pleno siglo *du Grand Roi*, cuando el abuelo de Rousseau todavía mojaba sus pañalitos ginebrinos y el genearca de Roosevelt no había pensado aún en trasladarse a Nueva Amsterdam, crearon el primer modelo de igualdad cívica y el primer anticipo del *Welfare state*.

Pues aquellos bandidos, como cualquier honrado ciudadano de los estados adheridos a la O. N. U., elegían a sus capitanes por el voto libre individualista, y cubrían los riesgos bélicos con acertadas medidas de previsión social. La ceguera, por ejemplo, se indemnizaba con seis esclavos o su equivalencia en seiscientas coronas; el brazo manco, con dos esclavos o doscientas coronas, etc. La organización era probablemente mejor que la de Vasco Núñez de Balboa; lo que no era tan bueno era aquello que Balboa tenía por excelente.

Pues algo ocurría con los "pichilingües", ya que tras cien años de esfuerzos sólo consiguieron ocupar algunas islas deshabitadas, como la de Tortuga, el sector oeste de la Española y algunas pequeñas del grupo de Barlovento.

La gran conquista extranjera de la época, que fué Jamaica, sólo pudo realizarse mediante una expedición de diez mil soldados de línea y cincuenta velas; pero antes resistió perfectamente a los embates filibusteros, como ocurrió siendo gobernador D. Fernando Melgarejo. Nos lo describe Vázquez de Espinosa:

"Llegó un cosario, vispera de San Diego, con una armada de diez y seis naos con intento de tomar la isla y saquear la villa (la villa de la Vega, de quinientos vecinos), para lo cual echó el general de ellos seiscientos hombres en tierra, y habiéndose prevenido los vecinos a la defensa contra los enemigos les dió Dios tan buena suerte que les mataron más de cien, y entre ellos el general, sin pérdida de más de uno de los nuestros. Y habiéndose los enemigos retirado a sus naos vergonzosamente, publicaron que un fraile que iba sobre un caballo poderoso fué quien más los persiguió y cantó la victoria; conque desde entonces le hizo voto la villa y le tiene por patrón; y su día se hace fiesta en ella y alarde general en memoria de esta victoria y merced que Dios les hizo por intercesión del santo."

Los moradores de la isla que merecieron esa cooperación sobrenatural eran "los hijos y descendientes de aquellos varones ilustres que la ganaron" y poblaron; toda gente noble, afable, de mucha Cristiandad y caridad con "todos los necesitados que llegan a ella; socorriéndoles en sus necesidades". Conceptos que pudieran muy bien extenderse a los demás criollos españoles americanos, y que los contraponen a sus derrotados enemigos "pichilingües", en buen romance corsarios; que no reconocen señor, patria, ni obediencia mas que al mar, y menear las manos robando cuanto pueden, estando aquí hoy y mañana allí".

SAEZ